

Julia. La servicial graciosa nos trajo una noche un protector, uno de sus camaradas llamado Francis, que era primer galan en el teatro. Julia le habia hablado de nosotros, y á sus ruegos habia consentido con bastante amabilidad en venir á vernos. Presentóse con cordialidad y fué recibido del mismo modo. No necesito decir que le confié nuestros proyectos y le leí mi drama, que él apreció de manera que me dejó satisfecho. Despues de pasar algunas horas con Rosa y conmigo, se retiró considerado ya como un amigo. Al dia siguiente volvió solo, y desde entonces fué el comensal de casa.

Cuando yo le conocí, Francis era un hombre de treinta y tantos años, alto, bien conformado, de una cara bastante bella, aunque sus facciones estaban ya bastante fatigadas. Traqueado largo tiempo en medio de las mil vicisitudes de la vida de actor nómada, su fortuna le habia conducido por último al teatro donde parecia haber hallado un puesto seguro. Su talento poco castigado, pero atrevido é irreflexivo, agradaba á la multitud; su voz tenia acentos vibrantes y metálicos muy gratos á los abonados de los puestos inferiores; representaba los fátuos al natural y los seductores con verosimilitud, y sus ventajas naturales y el favor de que gozaba en el teatro, le habian valido muchas conquistas, sobre cuyo capítulo mostraba una discrecion y una modestia muy medianas. Verdadero Lauzun de bastidores, su vanidad de hombre de conquistas amorosas, solo tenia igual en su amor propio como artista, y á no haberse necesitado mas que su voto para ello, se le hubiera proclamado el actor mas grande de los tiempos antiguos y modernos. En cuanto á sus cualidades privadas, censor divertido, compañero alegre, siempre pronto para una partida de recreo, sabia tenerlas tiesas en una cena á los mas aguerridos, cantar una cancion báquica y referir una anécdota picante. Por lo demás, como su salud era escelente, su sueldo respetable y su papel muy aplaudido, pasaba por un camarada bastante bueno: tal es el hombre que Julia y la casualidad me depararon.

Desde la admision de Francis en nuestra casa, se habia mejorado mi posicion. Mi nuevo amigo emprendió el vencer las dificultades que detenian mi marcha, y lo logró. Por su influencia, mi manuscrito obtuvo por último una lectura de aquel director inaccesible; la prueba fué favorable, y hechas algunas correcciones, fué proclamada su admision. Además, Rosa fué contratada y admitida á hacer sus primeras salidas, y tambien esto fué debido á la viva solicitud de nuestro amigo Francis, que no perdonó diligencias ni manejos de toda especie para alcanzarnos este favor, haciéndolo con un celo, con un calor y una amabilidad que habrian debido alarmarme, si no me hubiese hallado en la edad en que se cree fácilmente en las amistades desinteresadas. Por otra parte, su actitud en medio de nosotros era perfecta, y parecia prodigar á Julia cuidados que ella apreciaba en su debido valor. Así creí que el mejor medio de manifestarme agradecido á los servicios de Francis, era confiarle el principal personaje de mi pieza, en la que de ese modo se hallaria como de costumbre entre Julia y Rosa.

Entonces fué cuando acaricié con mas amor que nunca, en el secreto de mi corazon, el proyecto de matrimonio que entreveía en un porvenir tan cercano y grato.

Era pues cosa hecha: habia trascurrido el tiempo de las pruebas, todo respiraba gozo en nuestra casa, y nos lanzábamos alegres en el porvenir, sonriendo al recuerdo de las penas pasadas.

Al cabo de poco tiempo, merced tambien á nuestro pro-

pector, principiaron los ensayos de mi drama, y ví mis inspiraciones tomar un cuerpo sobre el escenario. No cabia ya duda: yo era un autor y tenia talento, puesto que iban á representar mi pieza. Sentí á mi vez subirme á la cabeza las primeras ráfagas de orgullo; me admiré é mí mismo, y faltaba muy poco que yo me creyera con una gran dosis de génio!

En el jóven escritor que, despues de trabajos árdulos, de esperanzas abortadas, de amarga desesperacion y deseos cien veces ahogados, y otras tantas reflorecidos, vé por último sus esfuerzos estimados, hay una trasformacion tan completa y tan violenta, que es justo perdonarle ese entusiasmo pueril, esa sencilla opinion de talento que le hace creer en su propio mérito del que él ha dudado mientras que se lo negaban; pues son tan embriagadoras las primeras alabanzas, son un néctar tan espirituoso que se saborea en la edad juvenil, al ver al mundo que se ocupa de la obra que nos debe la vida, que no es de estrañar se trastorne la cabeza de los mas fuertes, y que la embriaguez se apodere de los mas sobrios. Con el tiempo, las desilusiones de lo pasado inspiran cordura, y el hábito de los triunfos, modestia: solo la verdadera grandeza es sencilla.... Una sola consideracion anublaba mi alegría.

Hacia algunos dias que el humor de Rosa habia cambiado de una manera sensible; ya no era la niña bulliciosa y viva cuyas travesuras disipaban tan bien mis cuidados; andaba distraida, pensativa, preocupada; su mirada habia perdido aquella franca limpidez en que se ve el alma como á través de un cristal; á veces se quedaba horas enteras sentada en su sillón abismada en reflexiones, y salia de ellas con un aire brusco y nervioso que jamás le habia notado. La mas leve expresion mal comprendida, la ofendia y le causaba una acritud pasmosa, siendo así que de ordinario siempre habia sido tan dulce; y apenas nuestras mejores bromas le arrancaban una sonrisa furtiva que no hacia mas que asomar á sus labios. Verdad es que algunas veces reaparecia su amabilidad, y que en ciertas horas solia de súbito prodigarme gracias, caricias y ternuras mas hechiceras que nunca.

¿De dónde nacia aquella disposicion singular? No pude adivinarlo. ¿Qué tenia? Era un secreto suyo. En vano la interrogué cien veces, pues evadió mis preguntas asegurándome que no tenia ningun motivo para aquellas estravagancias, y que no debia yo tener la menor inquietud. Como por otra parte su salud no habia sufrido menoscabo, aguardé la llegada de la primavera sin inquietarme mucho, y mis ocupaciones me impidieron fijarme en esos pequeños accidentes domésticos, con tanta mas razon cuanto que, mirando en derredor de mí, todo lo veia en su sitio habitual. Francis seguia tan amistoso, tan solícito y asíduo, aunque veíamos con menos frecuencia á Julia.

Entretanto, llegó el dia del ensayo general.

La vispera, Rosa habia estado aun mas pensativa que de costumbre. Cualquiera hubiera dicho que tenia que hacerme alguna confidencia y no podia arrancarla de su pecho; pues me miraba ir y venir por el cuarto; sus turbados ojos seguian todos mis movimientos; entreabríase su boca para hablar, y al punto se cerraba contraída por una amarga sonrisa, mientras que sobre su frente se acumulaban las nubes de un pensamiento sombrío. ¿Qué podia agitarle de aquel modo? ¿pesares ó temores? Dios lo sabe; pero sin duda no era el sentimiento de su ternura hácia mí, pues hacia algunos dias que las avecillas tan parleras de nuestro amor, habian cesado de cantar en su corazon.

Corrió hácia mí, apoyó su cabeza sobre mi hombro, y en esa postura sorprendí una lágrima silenciosa que cor-